

La Barcelona de

El protagonista de 'Good bye, Lenin!' y 'Salvador' escribe un



Daniel Brühl, un barcelonés medio alemán, en una foto tomada en la parte alta de la capital catalana

LUIS BENVENUTY
Barcelona



Daniel Brühl se sienta en una terraza de Barcelona. “El camarero, somnoliento y gruñón, refunfuña algo para sus adentros mientras anota mi comanda –escribe el actor–. Típico de España. ¿O es sólo que no me ha entendido? Le he pedido un cortado y un sándwich mixto; a lo mejor no ha

querido entenderme. Pruebo en catalán: ‘Un tallat i un bikini’. Al final me lo trae. ‘Aquí tens’, me ladra cuando vuelve y me tira la taza y el plato encima de la mesa. En el fondo me gusta esta hosquedad, este mal humor descarado que brota de las entrañas y se exhibe sin ningún recato. Porque mi abuelo era precisamente así”.

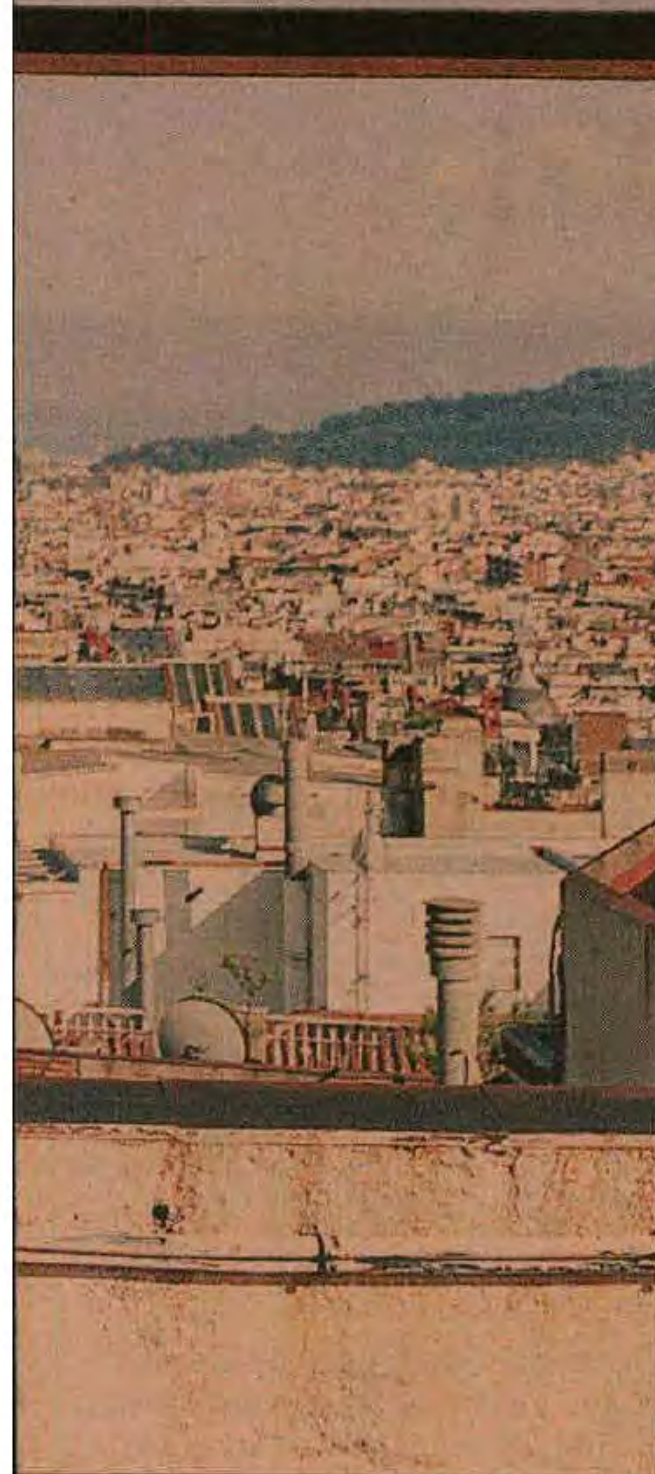
Son algunas de las primeras líneas de *Un día en Barcelona*, el particular homenaje en negro sobre blanco que el barcelonés con mucho de alemán y protagonista entre otras de la dramática pelí-

cula *Salvador* (Puig Antich) hace a su propia ciudad natal, un modo de conocer un poco mejor a un muchacho de 34 años tremendamente vital que cualquiera querría como novio de su hermana, hija... Un chorro de aire fresco muy personal que primero vio la luz en Alemania, en versión original, y que ahora es editado por estas latitudes, en castellano por Indicios y en catalán por Entramat.

Y Brühl desciende desde el Tibidabo durante todo el día, fascinado por la cultura de los *calçots* y los malabarismos del vino en

Brühl

bre su ciudad natal



GERALD VON FORIS

El actor recorre sus rincones favoritos de la ciudad a través de sus recuerdos de infancia y juventud

porción, revelando sus rincones favoritos de la urbe, recordando por el camino viejos recuerdos de infancia, de olores a lejía, Nenuco y Ducados, mostrándose como un tímido explorador tan

deseoso de jugar a la petanca como amedrentado por esos viejos gruñones de parque, un chaval capaz de saltar desde los diez metros de altura del trampolín de las piscinas de Montjuïc a fin de impresionar a una novia, a una chica de Sabadell.

“Aterricé tan mal que me desgarré el frenillo del labio superior”. Y no, no logró impresionarla lo suficiente, no logró convencerla de que pasaran un rato juntos en La Casita Blanca. “Hace un par de años cerró sin que yo la viese por dentro: la preciosidad de Sabadell no quiso seguirme el juego. Mejor vamos a la plaza Lesseps, Dani, dijo”.

Un día en Barcelona no descubre ningún talento literario, tampoco es una gran guía. Pero sí regala un ojo clínico muy edificante y alternativo al bombo y platillo imperante en esta casa. Y es que si bien Brühl peca en sus líneas de un estilo excesivamente coloquial y escribe hasta



interjecciones como bah, como si estuviera hablándole a uno acodado en una barra, también es capaz de atravesar la gruesa impostura de la capital catalana y tocar su verdadera piel, la más popular. Sin aspavientos. Con mucha naturalidad. Y su falta de grandes pretensiones hace de su libro una obra armónica, coherente.

Brühl no pretende halagar a los barceloneses. Su paseo por Barcelona es una invitación al forastero para conocer el estómago de esta ciudad. Barcelona genera libros sobre sí misma muy autocomplacientes. Sobre sus maravillosos restaurantes, edificios singulares y hombres de pro que merecen el Nobel. Brühl recuerda una de las mejores cosas de la Barcelona de pueblo indiferente a las ansias de gloria: que uno tiene derecho a ser hosco y malhumorado. Como el camarero que le ladró. Uno pasea por esas ciudades tan pretendidamente simpáticas con cara de pocos amigos y todo le mundo le pregunta una y otra vez si le pasa algo. Pero en esta bendita Barcelona...●